

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

AÑO II
NUM 34

40 Cents.

HEMEROTECA MUNICIPAL MADRID 28 FEBRERO 1926



PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.—ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: SAN SEBASTIÁN.—ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA, 28. APARTADO 447.—SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 20 PESETAS. OTROS PAÍSES, AÑO 30 PESETAS.



El Capitán Corretón y sus Chicos Tin y Ton





PINOCHO Y LOS DEPORTES



En Buenos Aires.

(DEL SÁBADO 2 DE ENERO.)

«Pinocho C», 6; «El Dólar», 2

Este partido tuvo bastante interés, siendo el resultado algo injusto. Sin embargo, a pesar de ser los dolaristas los que llevaban una enorme diferencia de cuerpo en los jugadores, sucumbieron ante los pinochistas. Su arquero, Ríos, estuvo en un gran día, igualmente que Allegrini, Leniza y los hermanos Mannetto.

Nota.—El jugador S. Zugasti, del team A, que había ido como delegado del «Pinocho», en vista de que los contrarios eran jugadores de edad superior a los pinochistas, jugó, logrando señalar 5 de los 6 goals que registra al «zeore».

Este match se realizó en el field del Club «Juventud Unida», siendo locales los muchachos de «El Dólar».

(DOMINGO 3.)

Macht de entrenamiento.

«Pinocho», 3; «Sp. Chapete», 1.

Este partido, jugado entre dos cuadros que intervendrán en el campeonato pinochista, resultó interesantísimo.

Venció el cuadro que tuvo más suerte, pues en todo el partido no se notó superioridad de nadie.

Comenzó el partido a las ocho de la mañana.

A los doce minutos de juego, Ciorciari logra cortarse en gran forma, shoteando al arco violentamente y en forma esquinada; pero el arquero chapetista mediante una brillantísima estivada, logra rechazarla; pero esta ocasión la aprovechó Labate, que venía en plena carrera, para que con un fuerte tiro señalara el primer tanto del partido. Los del «Chapete» no perdieron el entusiasmo ante este contraste, y de inmediato comenzaron a presionar. Pellini, el insuperable izquierdo chapetista, logró enviar al arco pinochista una buena serie de shots; pero, sin embargo, a los treinta y dos minutos la valla pinochista cayó vencida en la siguiente forma, por demás impresionante.

Pellini recibe un pase de Guaranglia, y luego de correrse brevemente, patea al arco fuertemente. De Palma, mediante un esfuerzo, la rechaza; Joaquino la tomó y volvió a patear el arco desde unos tres metros; volvió entonces el arquero a detenerla nuevamente, el que fué entonces atropellado por Jontan, quien logró quitársela de las manos y empatar el partido.



He aquí a Emilio Sanjuán, de la «Agrupación Deportiva Ferroviaria», un niño prodigio en el deporte, cuyos fútiles, como puede verse, no están en relación con la estatura del personaje.

Pero el empate duró muy poco, pues Zugasti, dos minutos más tarde, sacó provecho de una corrida individual para, con un tiro bajo, marcar un nuevo tanto.

En el segundo tiempo se volvió a hacer un enorme derroche de entusiasmo, marcándose en esta etapa un nuevo tanto, obra de Scaraville, cuando iban veintisiete minutos de juego y en gran forma.

A los veintitrés minutos, J. Batiato bate por tercera vez al arquero «Defensorista». A los veinticinco, Pirollo incurre en hanz dentro del área perial, que fué tomado por el half derecho Defensorista; pero De Palma, en gran forma, lo detiene. Pocos minutos después consiguen los del Defensores marcar el único goal. A los treinta y tres minutos, Ciorciari, después de evitar a varios contrarios, señala el último goal del partido.

«Pinocho» formó así: De Palma, Pirollo y Cecati; Labate, Batiato y Bardelli; Ríos, Laprizo, Zugasti, Fontana y Ciaciari.

Como lo ves, querido muñeco, este cuadro es el B solamente algo reforzado.

(ENERO, 6.—DÍA DE REYES).

«Pinocho», 4; «Defensores de Pinocho», 1.

Este partido careció por completo de todo interés, debido a la enorme superioridad de los locales. Se jugó un solo tiempo, debido a que en el segundo los Defensoristas se negaron a seguir la lucha.

A las cuatro y media de la tarde el referé Sr. Victorio Ceserani dió orden de comenzar la lucha. A los ocho minutos de juego se produce un perial a favor de «Pinocho», pero Loprizo, intencionalmente, tira sin fuerza. Dos minutos más tarde Zugasti, desde unos quince metros, marca el primer goal; minutos más tarde, el mismo Zugasti señala un nuevo goal.—MISTER BULL.



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



- Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?
- Hoy quisiera saber, amigo huho, por qué se quedan calvas algunas personas.
- La mayoría de las personas se quedan calvas porque quieren.
- ¿Cómo?
- Los hombres tienen la culpa, en parte, de su propia calvicie.
- ¿Sabes lo que estás diciendo, querido huho? Hay por ahí calvos que darian su cabeza por que ésta se cubriera de pelos. ¿Y dices que ellos tienen la culpa?
- Y no me echo atrás. Fijate, no más, en lo siguiente: ¿Cuántas mujeres calvas has visto? Aparte de mi tía política, doña Nati, muy pocas.
- ¿Y cuantos hombres calvos has visto?
- Infinidad. Desde el palco de un teatro, contemplando el patio de butacas, éste se ofrece siempre imponente, abundoso en cráneos brillantes y esmaltados. ¿No te indica nada esta observación, Chonón amigo?
- La verdad, no caigo.
- Pues la razón está en lo siguiente. Los hombres usan frecuentemente un artefacto llamado según sus particulares formas, gorra, sombrero o boina. La gorra, el sombrero y la boina son, sin saberlo siquiera, los destructores del cabello. Evitan la respiración del pelo, oprimen horriblemente la cabeza, y concluyen por envenenar la cabellera, la cual, encerrada horas y horas en tan estrecho recinto, pierde su salud.
- Pero las mujeres también usan sombreros.
- Ciertamente. Pero los sombreros de las mujeres no son, como

los de los hombres, tan opresionantes. Son sombreros más holgados y, por consiguiente, más higiénicos. El sombrero del hombre, en cambio, oprime los vasos sanguíneos, y evita de este modo que que pueda llegar al cuero cabelludo la sangre que alimenta al cabello. Así se comprende por qué abundan los calvos en los países civilizados. El uso continuo del sombrero origina cierta debilidad en la cabeza —por fuera nada más— de ciertos hombres, y esta debilidad se transmite de padres a hijos; por donde verás a algunas personas muy jóvenes sin cabello, completamente calvos, víctimas de la herencia.

—A mí me habían dicho que la calvicie provenía del talento de la persona.

—No lo creas. También se dice que del mucho estudiar. Pero todas estas explicaciones son consuelos que se dicen a sí mismos los calvos.

—Sin embargo, yo he visto muchos hombres célebres desprovistos de aquel adorno.

—Pero ello no quita fuerza a mi razonamiento. También el extremo contrario no es menos cierto. Lo más terrible, lo que verdaderamente da pena es lo siguiente: El calvo se queda calvo por el abuso del sombrero estrecho. Pues bien, cuando se queda definitivamente calvo, se ve obligado a usar el sombrero toda la vida.

—Es curioso.

—Es lamentable. Debe el hombre proporcionarse sombreros amplios. Si así lo hicieran todos, habría muy pocos calvos sobre la tierra.

LOS EXPLORADORES DEL MELORIA

POR EMILIO SALGARI

(Continuación.)

—Y las ondas del lago siguen formándose a lo ancho —agregó Roberto—. ¿No oís esos bramidos lejanos?

—Vamos a sacar a tierra la canoa —dijo el doctor—. Puede ser estrellada contra la playa.

—¡Ea, vivos! —dijo Vicente, dirigiéndose a la playa.

Los tres pescadores sacaron en seguida a tierra la canoa, descargándola antes de algunas cajas y barriles, y después la arrastraron, hasta colocarla sobre la arena de la playa, detrás de unas rocas.

Apenas la hubieron colocado en lugar seguro, sobrevino otra nueva oleada, que fué a estrellarse furiosamente contra los escollos, rebasando la línea de la orilla en más de seis o siete metros.

—Ha sido otra sacudida —dijo el doctor.

—Comienzo a sentir verdadero pánico —dijo Vicente—. Vergüenza me da confesarlo.

—Un terremoto asusta al más valiente, querido amigo.

—¿De dónde provienen esos poderosos rugidos? —dijo Miguel—. Me han contado que proceden del encuentro de vientos subterráneos, pero yo no le he dado crédito.

—No lo creas —dijo el señor Bandi—; esas son burdas patrañas de la fantasía popular.

—Son producidos por los volcanes —dijo Vicente.

—Es cierto; pero no siempre —añadió el doctor—. Hay varias clases de terremotos, y cada uno de ellos tiene causas diversas. Comúnmente son producidos por vapores densos y otros gases, sometidos a una elevada temperatura. Al llegar a determinado grado de calor estallan como si fuesen calderas de vapor, empujando el suelo y tratando de buscar salida, haciendo en él inmensas grietas y aberturas.

Hay otros terremotos producidos por desprendimientos de grandes masas rocosas dentro de las cavidades subterráneas; pero éstos son menos peligrosos por ser menos violentos, y en general se circunscriben a una sola localidad.

—¿Es cierto que esos terremotos han arruinado poblaciones enteras y han matado a millares de personas?

—Sí; regiones enteras y millares de habitantes, Vicente. Nuestra querida Italia, que es tierra volcánica, ha sufrido tremendos desastres a causa de esos terremotos.

—En la parte sur, especialmente. ¿No es así? —dijo Vicente.

—Sí. Sicilia y Calabria han sido puestas a prueba por sus volcanes. La provincia de Nápoles perdió de una sola vez 30.000 personas, durante el terremoto de 1456, que convirtió en ruinas gran número de poblaciones. En 1693 perdió Sicilia 93.000, y muchos miles también la Calabria en 1753.

—¿Deben de ser sacudidas enormes!...

—Hasta el punto de que revuelven por completo los terrenos. En la llanura de Calabria, por ejemplo, se abrieron tal cantidad de grietas y ocurrieron tantos desprendimientos, que era imposible reconocerla. Figúraos que se formaron doscientos quince lagos que antes no existían, más o menos pequeños, y que se abrieron barrancos y precipicios que alcanzaron hasta diez y seis kilómetros de longitud.

En Mesina se desprendió una montaña entera durante el terremoto de 1783, y cayendo al mar, formó una oleada tan espantosa, que ahogó a más de 1.200 personas que se encontraban cerca de las playas.

—¡Un verdadero desastre! ¡Tuvo que ser una ola enorme!

—Los terremotos también arrojan contra las playas olas grandísimas.

—¿Y duran mucho tiempo esas sacudidas? —dijo Roberto.

—Generalmente, pocos segundos; pero se han registrado sacudidas de mucha mayor duración. La de Calabria se dice que duró dos minutos... ¡Caramba..., otra sacudida!

Una tercera oleada acababa de estrellarse contra los escollos, mientras de las entrañas de la tierra seguían saliendo prolongados rugidos, que parecían extenderse de Levante a Poniente.

El doctor y los tres pescadores, bastante inquietos y temiendo que también aquellas bóvedas se derrumbasen, se levantaron para estar dispuestos a huir. Pero parecía que las macizas arcadas de mármol estaban hechas a prueba de terremotos, porque hasta entonces ni una sola piedra se había desprendido sobre las aguas del lago.

Durante algunos minutos el suelo continuó oscilando a intervalos de treinta a cincuenta segundos, removiendo continuamente la superficie del lago, y de repente se oyó en dirección de la galería una explosión tan tremenda, que parecía como si toda la bóveda se hubiera desplomado sobre la gran caverna.

El doctor y sus amigos se volvieron rápidamente hacia ese lado. Un grito de sorpresa y de terror se escapó de sus labios.

Un chorro de fuego, o mejor, de lava, salía ahora de una gran abertura que se había formado en una de las paredes y se vertía cerca del lago como si fuera bronce fundido.

El espectáculo era soberbio, pero escalofriante. Aquel torrente de fuego, serpenteando entre las rocas, corría rápidamente en dirección al lago. Se le veía desaparecer entre las piedras y las gargantas y volvía a aparecer por otro lado, corriendo, saltando, precipitándose para esconderse y reaparecer de nuevo más hermoso, más terrible, más amenazador.

—¡Las paredes de la galería han cedido! —exclamó el doctor.

—¿Y se verterá aquí toda la lava?

—Eso temo, amigos. Además, es muy probable que la corriente de lava tienda a acercarse a la garganta que hemos recorrido ahora para llegar aquí.

—¿Así, pues, corremos peligro si nos quedamos aquí? —dijo Vicente.

—Sería una imprudencia que pagaríamos muy cara.

—¿Nos marchamos entonces?

—Sí; ¡y en seguita!

—¡Al agua las canoas! —gritó Vicente.

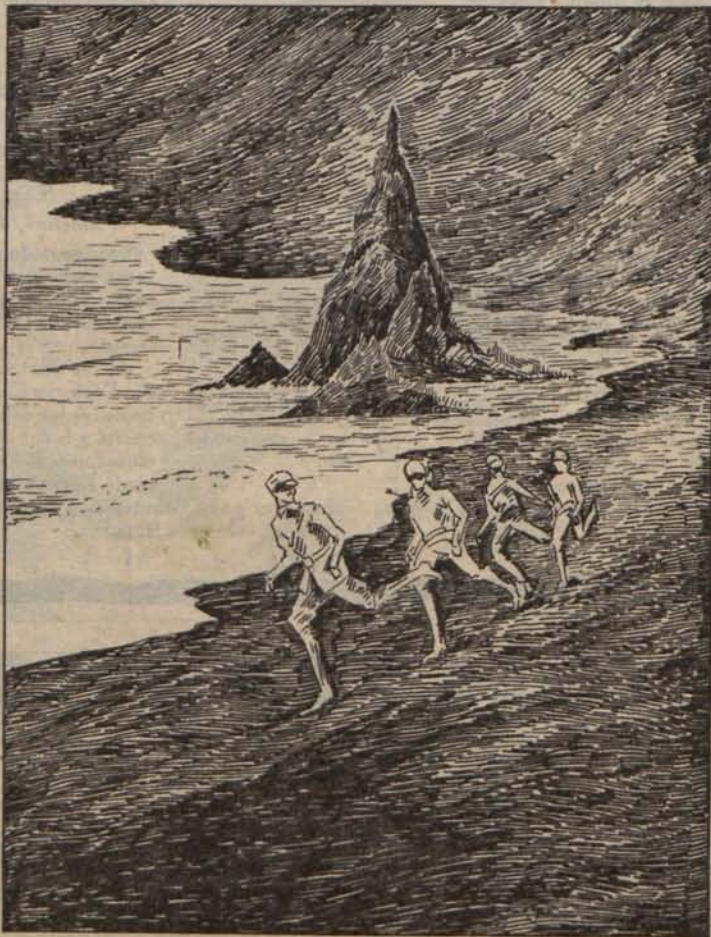
Miguel y Roberto se apresuraron a obedecer las órdenes y comenzaron a embarcar las cajas y los barriles que habían quitado.

Iban ya a coger los remos cuando vieron aparecer el chorro de lava ardiendo por la boca de la garganta que conducía a la pequeña bahía en que se encontraban. Las lavas, hallando aquel paso, se precipitaron por él con furia indescriptible, encrespándose horriblemente y proyectando sobre las rocas vecinas resplandores siniestros.

El plantel de hongos luminosos fué devorado en un instante, y después el monstruo de fuego, serpenteando sobre la parte llana de la playa, avanzó amenazador contra el lago.

—¡Huyamos! —gritó el doctor.

(Continuará en el número próximo.)



NUEVO GRAN SORTEO DE REGALOS

PRIMER PREMIO UN "AUTO" CITROEN

Este preciosísimo *auto* es completamente igual que los grandes de la famosa marca, y está construido en la misma Casa Citroen, de París, que hace los coches grandes. Tiene tres velocidades y marcha atrás, frenos, faros eléctricos, parabrisas giratorio, bocina, aceitera, llave inglesa, bomba, goma y disolución para reparación de averías de sus NEUMATICOS DE VERDAD CONFORT MICHELIN, fabricados especialmente por MICHELIN para este *auto*. Además, tiene la ventaja de no gastar gasolina ni aceite y de robustecer las pantorrillas del conductor.



- 2.º premio. Un cinematógrafo completo Pathé Baby, con infinidad de películas y un precioso estuche.
- 3.º premio. Una caja de soldados, que es una verdadera maravilla.
- 4.º premio. Una máquina fotográfica.
- 5.º premio. Una espléndida casa de muñecas.

- 6.º premio. Un magnífico triciclo niquelado y con aros de goma.
- 7.º premio. Un precioso tocador para niña.
- 8.º premio. Una estupenda y artística muñeca.
- 9.º premio. Una locomotora mecánica.
- 10.º al 50.º premio. Un lote de libros de Calleja.

Todos los lectores de mi revista PINOCHO son Pinochistas, y a todos los quiero con todo mi corazón de madera, más ardiente y esforzado que muchos corazones de verdad. Pero hay unos Pinochistas especiales, unos Pinochistas para quienes es lo mejor de mi gratitud, porque ellos son los que mejor me demuestran su constancia y cariño y los que más me ayudan a poder publicar mi revista: esos son los **Pinochistas suscritores**.

Hasta ahora todos mis sorteos de regalos han sido también para los Pinochistas lectores; pero ya es hora de que yo dé un testimonio público y solemne de mi agradecimiento a mis fieles suscritores, a quienes tanto debo. Y por eso he organizado este magno sorteo de regalos dedicado a aquellos suscritores que, *renovando ahora su suscripción*, me acrediten la lealtad y firmeza de su pinochismo. **También entrarán en sorteo los Pinochistas que no habiendo sido suscritores hasta ahora, se suscriban antes de fin de Marzo**, enviando veinte pesetas a la Administración de PINOCHO directamente.

CONDICIONES DEL SORTEO

1.º Los números que entrarán en sorteo serán los números que llevan los recibos de suscripción por un año (expedidos por la Administración de PINOCHO). Pero **no** los números de todos los recibos de suscripción, sino precisamente los números de los recibos de suscripción **por un año, cuya fecha (la fecha que tenga el recibo) esté comprendida entre el 1 de enero y el 30 de marzo de 1926**. Es decir, que si el primer recibo extendido el 1 de enero de 1926 tiene, por ejemplo, el número 3.000, y el último recibo extendido el 30 de marzo de 1926 es, por ejemplo, el número 10.000, entrarán en sorteo siete mil números, que empezarán en el número 3.000 y acabarán en el número 10.000.

2.º Los Pinochistas cuyas suscripciones terminen **después del 30 de marzo de 1926** pueden tomar parte en el sorteo *renovando su suscripción antes de terminarse*, con lo cual no sufrirán perjuicio alguno, porque la nueva suscripción se añadirá a la antigua, es decir, que la nueva no empezará a contarse hasta el número en que termine la antigua. Ejemplo: si la suscripción antigua termina en *junio de 1926* y el Pinochista la renueva en *marzo de 1926*, pues la suscripción antigua continuará sirviéndose hasta *junio de 1926* y la nueva se servirá hasta *junio de 1927*.

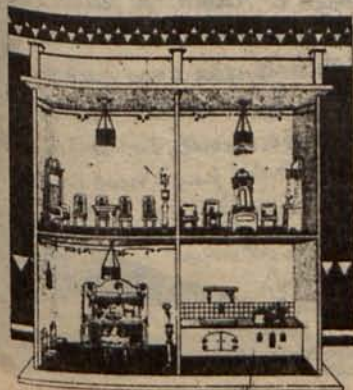
3.º Sólo entrarán en sorteo los recibos de suscri-

ción **por un año**, cuya fecha esté comprendida entre el 1 de enero y el 30 de marzo de 1926. Por tanto, no tomará parte en el sorteo quien no haya pagado una suscripción **por un año** en uno de esos tres meses. (En enero, o en febrero, o en marzo de 1926.) Por tanto, también, no entrarán en sorteo los recibos de suscripción que sean de *semestre* o de *trimestre*, ni entrarán tampoco en sorteo los recibos de suscripción que tengan fecha de antes del 1 de enero o de después del 30 de marzo de 1926. Tampoco hay más números para el sorteo que los de los recibos de suscripción. Por tanto, *nadie debe pedir números*.

El que abone una suscripción por un año antes del 30 de marzo de 1926 recibirá su recibo de suscripción, y **el número de su recibo de suscripción será su número para el sorteo**. El que no abone una suscripción por un año antes del 30 de marzo de 1926 *no podrá, de ninguna manera, tomar parte en este sorteo de regalos* y, por tanto, es inútil que pida su número como no sea enviando las veinte pesetas que importa la suscripción por un año, en cuyo caso recibirá su número *sin necesidad de pedirlo*.

Suponiendo que os habéis enterado bien, os abraza a todos vuestro amigo invariable,

PINOCHO



Una casa de muñecas como esta.



Un tocador de verdad como este.



Un triciclo como este.



Una preciosa muñeca como esta.

¿PARA QUÉ TE HAS METIDO ESAS HERRADURAS EN LOS GUANTES COLORÍN?

¡PARA QUE ME DEN BUENA SUERTE, NADA MÁS!

COLORÍN Y SU PANDILLA

DRANNER

Los Socios del "Gusasa Club" queridos amigos: Os voy a contar una cosa muy divertida: al fin me he peleado con el golfo de Foniche. Como es mayor que yo, yo no sabía si le podía; pero hoy he tenido ocasión de ver que sí. Veréis como ocurrió:...

¿QUIEN QUIERE AYUDARME A LLEVAR ESTO? LE DOY UNA PESETA AL QUE ME AYUDE

¡YO!

¡NO, YO!

BUENO, QUE VENGA EL QUE SEA

¡YO SE LO HE DICHO ANTES, Y ADEMÁS ME LO DIJO EL A MI!

¡PUES VOY YO Y HEMOS ACABADO!

¡CÁ HOMBRE! ¡SI VAMOS A EMPEZAR AHORA!

¡MIRA, TONICHE, NO ME FRIAS LA SANGRE, PORQUE...

¡AH, SÍ! ¿ESO ES QUE QUIERES QUE NOS PEGUEMOS?

¡YATE ENSEÑARÉ YO CÓMO SE PEGAN LOS SEÑORITOS DE LA CIUDAD!

¡PUES MIRA, ASÍ PEGAMOS LOS CHICOS DEL CAMPO!

¡ME HAS DADO, PERO HA SIDO PORQUE ESTABA DISTRAÍDO!

¡PERO AHORA TE VOY A DAR YO! ¡VERÁS! ¡UNO, DOS, TRES...

¡... Y CUATRO!

¡ESO NO ES MÁS QUE SUERTE! ¡VERÁS!

¡AY!

PAF!

¡PLIM!

¡LE HE DEBIDO DE DAR UN PUNETAZO COLOSAL!

.... y cuando acabamos de pelearnos le había yo puesto a él un ojo a la moda. Le di tan fuerte, que creo que todavía no ha vuelto en sí. Indudablemente, los señoritos de la ciudad pegamos mucho más fuerte que los del campo. os abraza
Colorín

LAS FLORES VOLADORAS

CUENTO DE CALLEJA EN COLORES

En primavera es cuando deben contarse los cuentos de jardines, porque es cuando las flores enseñan sus colorines azules, encarnados, amarillos y blancos.

Vamos a contar el cuento de un jardín que tenía Currito, donde había claveles, rosas, geranios y margaritas.

En primavera se llenaba el jardín de olores exquisitos y colores muy bellos.

Por aquellos días, Currito era muy niño todavía y un poquito malo; y con sus dedillos arrancaba algunas flo-

Quando se marchó el niño aquella mañana, la margarita, conocida por todas las flores de aquel jardín por la señorita Margot, dijo a las demás:

—Queridas amigas: Esta mañana he estado hablando con una mariposa, y la vi huir cuando llegaba ese niño malo. Me dió mucha envidia y quise también volar... ¡Pero no sabía! ¿No os parece bien que contrate-mos unas cuantas mariposas para que nos enseñen su vuelo?

—¿Pero lo podremos aprender? —dijo otra.



res que luego iba deshojando cruelmente por los caminitos de arena.

Cuando las flores le veían acercarse, temblaban de miedo como si temblaran porque corriera un vientecillo primaveral.

Un día, una linda mariposa habló así con una flor:

—¿Por qué tiemblas? Estate quieta, que me estás meciendo y me mareo.

—Es que no lo puedo remediar —contestó la flor—. Veo que viene por allí Currito, y es un niño que nos hace mucho daño cuando viene.

—Entonces huiré —dijo la mariposa.

—Haces bien. ¡Quién fuera mariposa para huir! —exclamó la flor, que era una margarita.

Huyó, en efecto, el insecto de colorines, mientras la margarita pesaba un miedo terrible.

Si Currito no la arrancó fué por casualidad. Pero en cambio, desgajó muchas hermanas de la misma mata, muchas flores amigas y unos cuantos claveles vecinos.

—Sí; yo creo que sí. Nuestras hojitas (nuestros pétalos) podrán moverse como alas. Y por las noches vendremos a dormir a nuestros sitios, como vienen a nosotras las mariposas cuando quieren.

Todas las flores aplaudieron y se agitaron de alegría.

Una rosa muy formal, llamada doña Rosita, se encargó de hablar a doña Pinta, mariposa amiga suya que iba todas las tardes de visita al rosal, a la hora de la siesta.

—¿Cómo está usted, Rosita? —dijo la mariposa.

—Muy bien. ¿Y usted, doña Pinta? —preguntó la rosa.

—Magníficamente. Hoy he venido más deprisa, porque don Reventón, ese clavel que vive al lado del pin-rayo, me ha dicho que quería usted hablarme.

—En efecto. ¿Usted sabe el miedo que pasamos las flores cuando viene un nublado de granizo?

—¡Ya lo creo que lo sé! —contestó la mariposa pin-



tada—. Les deja a ustedes entristecidas, encogidas, desgajadas... y, a veces, muertas.

—Pues bien; el niño Currito es mucho peor que un nublado de granizo.

—¿Y qué quiere usted que yo le haga? —preguntó el insecto.

—Quiero que me busque cinco o seis mariposas, buenas voladoras, que nos enseñen a volar a todas las flores de este jardín.

—Va a ser tarea difícil, porque ustedes no saben una palabra de eso.

Pero en fin..., doña Pinta buscó seis mariposas jóvenes y fuertes, y todas juntas se fueron a tratar con doña Rosita y con la señorita Margot.

El trato quedó hecho. De madrugada, cuando nadie hubiera en el jardín, tendrían una hora de lección. Y cuando saliera la primera chispita de sol, todas se colocarían en su sitio a disimular.

—¿Y qué nos dan de pago?

—preguntaron las profesoras.

—Para ustedes será lo más dulce de esos polvillos que tenemos las flores en el centro, y que a ustedes les gusta tanto como a los niños los caramelos.

El caso es que desde el día siguiente las lecciones se repetían, y que al cabo de la semana todas las flores sabían volar casi como mariposas. Las mariposas, si no tenían envidia era porque son muy buenas. Pero solían decir:

—¡Qué suerte tienen ustedes! Llevan tan bellos colores como nosotras, vuelan tan bien como nosotras...; pero nosotras no tenemos perfumes.

—¿Quieren ustedes perfumarse?

—Sí.

—Pues unten sus alas en nosotras y olerán ustedes como un niño que llevara el pañuelo perfumado.

Así lo hicieron. Unas mariposas olían a violeta; otras, a jazmín; otras, a clavel...

En esto estaban, y, de pronto, apareció Currito por un sendero.

—¡¡Atención!! ¡¡Cuidado!! —se gritaron unas a otras.

Y cuando el niño fué a coger una rosa, ésta salió volando; y luego pasó lo mismo con una margarita... y con un geranio...

El cielo se llenó de mariposas que eran flores, y Currito las miraba lleno de rabia.

—¡Qué buena lección le hemos dado! —se decían unas a otras por el aire.

Pero el niño se quitó la gorra y persiguió desesperado a una ingenua violeta...

Y por fin, ¡zás!, la cazó.

—¡Pobre violeta! ¡Me da pena de ella! ¿Va a pagar

el mal que todas las demás me han hecho? La perdonaré... ¡Es tan bonita! —dijo Currito, soltando a la sencilla flor voladora.

Y le quedó un perfume tan bueno en la mano, que el perfume se le metió en el corazón y le hizo buen chico para siempre.

Cuando todas volvieron, la señorita Violeta estaba en su sitio, y dijo:

—¡Perdonadme! ¡No lo he sabido hacer, perdonadme!...

—¡Tonta! ¡Bobal! ¡Sosa! —exclamaron las otras flores para reprenderla.

Pero ignoraban que ella, dejándose coger, había hecho mucho más beneficio a todas que las demás escapando. Y es que desde aquel día Currito regaba las plantas, y a las violetas las cuidaba con verdadero mimo. Ya no se asustaban de él las flores; parecían gorriones amaestrados; se dejaban coger, se dejaban acariciar...

Eso sí: las gustaba jugar de cuando en cuando a que eran mariposas, aunque al volver a su sitio se encontraban casi siempre alguna mariposita dormida, jugando a que era una flor.

Y así acaba el cuento del jardín.

ANTONIO ROBLES.



HISTORIAS DE ANIMALES

LAS APARIENCIAS ENGAÑAN

En aquel coto no se podía vivir tranquilo. Asomar las orejas detrás de un matorral o levantar un vuelo torpón, era para la liebre y la perdiz como apretar al gatillo de una escopeta. Retemblaba la tierra del ruido, se hacía una nube nueva y caliente que fluía del cañón, y contra el suelo, después de subir al aire o de rebotar contra una piedra, se estrellaba una bala, levantando un remolinito de polvo. Parecía como detrás de cada árbol, o de cada peña, o de cada matorral que levantara un palmo del suelo, hubiese un cazador apostado, de esos que esperan horas y horas con calma aburrida y que ni bostezan por no espantar la caza con el ruido.

Y así, naturalmente, no se podía vivir. Una liebre no puede estar siempre metida dentro de la madriguera porque se moriría de tristeza, de no ver el sol ni respirar el aire de la sierra. Una perdiz no va a estarse toda la vida agachadita y escondida. No tiene gracia vivir en el campo y no poder dar un paso sin que el cazador enfoque la línea recta de su cañón.

Por eso la perdiz y la liebre se quejaban, uniéndose en una sola lamentación todo el dolor de su desgracia, aquella desgracia que ruía la liebre cuando parecía que estaba mascando «chicle», aquella desgracia que, de tanto llorar, había ribeteado de rojo los ojos negros de la perdiz.

—¿Y qué vamos a hacer, si nuestro sino es ese y ya no podemos ser en toda la vida más que liebre tú y yo perdiz para siempre?

—Pues algo va a haber que hacer, digo yo, porque lo que es así, ni tú ni yo podemos pasar un día más...

—Habrá que decidirse a no salir más que de noche, cantó la perdiz.

—A mí me sienta mal salir de noche. Con el aire, me enfrió y me da tos.

—Pues no será porque no tiene usted una buena piel...

—¡Bah! Una piel de liebre. No vale nada...

Se callaron las dos horrorizadas. En un momento el coto se había llenado de detonaciones.

—Ahora no es con nosotros...

—Pero... ¡más tarde o más temprano!

A la liebre se le pusieron en alto las orejas, como barquillos peludos.

—¡Tengo una idea! ¡Una idea que le van a temblar a usted las plumas cuando la sepa! Me parece, me parece, que estamos salvados.

La perdiz se puso muy contenta. Le daban ganas de revolotear de alegría.

—Cuenta usted, cuenta usted, amiga...

—Pues se me ha ocurrido que lo mejor que podemos hacer es disimular...

—¿Disimular? ¡No entiendo!

—Está clarísimo. Lo que hay que hacer es fingir que se es lo que no se es y de este modo despistar a los cazadores. Si usted lo hace tan bien el disimulo que los cazadores no se den cuenta que es usted una perdiz, está usted salvada...

—¡Comprendo! Es decir, empiezo a comprender, exclamó la perdiz alborozada. Hoy mismo voy a probar. ¿Quiere usted que probemos hoy mismo?

—No tengo inconveniente, dijo la liebre.

Cada uno se dió a contar sobre el animal que debía fingir. El resultado fué excelente. A la liebre no se le ocurrió truco mejor que recorrerse el coto andando despacito. Los cazadores que la veían pasar, decían:

—¡Es curioso! ¡Cualquiera diría que ese bicho es una liebre! ¡Vamos, es que se confunde uno! Pero no es, porque las liebres corren mucho y este animal va despacito, despacito, como una babosa.

Así, ninguno tiraba su tiro a aquella liebre lista, y la liebre se salvó aquel día de la muerte de plomo que le estaba rondando. La perdiz tuvo una idea verdaderamente prodigiosa. En vez de irse a volar con sus compañeras de bando, o de correr de acá para allá, se dedicó a revolotear a la altura de los matorrales y detenerse de vez en cuando a decirle a las flores secretos en el oído. Los cazadores, decían al verla:

—¿Qué mariposa tan extraña! Parece una perdiz. Por poco si le tiro creyéndome que es una perdiz. Pero no, las perdices no van de flor en flor. Eso es solamente las mariposas. ¡He aquí una mariposa extraña! De buena gana la cogería si tuviera una alfiler bastante grande para atravesarla, pero no hay una mariposa tan singular.

De este modo la astuta perdiz se hizo pasar por mariposa y salvó sus plumas de la rociada de perdigones. Tan bien lo hacían, que a la liebre y a la perdiz les fué difícil reconocerse mutuamente. Cuando se reconocieron, una y otra se admiraron por lo acertado de la imitación. Al día siguiente, por variar, la liebre pasó por delante de los cazadores balando igual que una oveja. La perdiz hizo

aquel día la imitación de una paloma, arrullando y sacando al volar su pecho gordo.

Otro día la liebre se fingió lagartija, metiéndose a rastras por las rendijas de las piedras y haciendo garabatos con su rabo corto. La perdiz se dedicó a imitar al murciélago, y salió entre dos luces a volar en zizás, como si no supiera qué camino seguir. Así, durante mucho tiempo, fueron cambiando de imitación, y siempre con el mismo acierto que una y otra se aplaudían.

Pero una mañana la perdiz y la liebre tuvieron una idea misma. La perdiz se dijo:

—Hombre, hoy voy a hacer la imitación de mi amiga la liebre.

Y la liebre pensó:

—Para hoy se me ha ocurrido hacer la imitación de mi amiga la perdiz. Y tan bien, tan bien lo hicieron, que aquel mismo día murieron las dos de tiro de escopeta. La perdiz había pasado corriendo delante de un cazador, haciéndose la liebre muy acertadamente. El cazador no tuvo más que disparar después de decir:

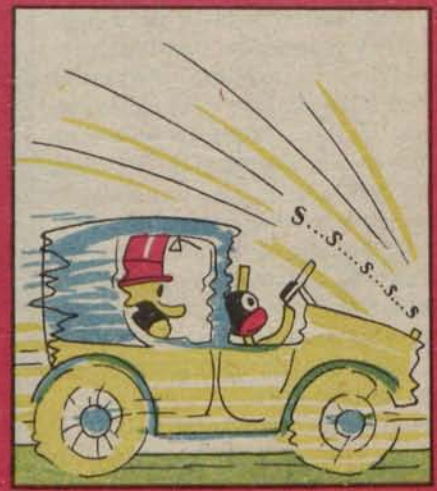
—¡Ahí va una liebre!

Y la liebre, que había corrido y se había lanzado a volar, cantando como una perdiz, se hizo una pelota en el aire y cayó al suelo con una bala dentro. Su propio arte les costó la vida, por buscar, imitando, imitando, un disparo que no era para ellas.—JOSÉ LÓPEZ RUBIO.





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





DACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO.



PROGRAMA
PARA HOY

EL VALOR
DE UN
HUERFANO

Sensacional!

GRAN CINE



Tanner se enfurece.

Fuéronse apagando uno a uno los deslumbrantes focos de gasolina que iluminaban el circo de Kuxley durante la representación, y sólo quedó encendido el de la entrada, pues ya los alrededores del circo estaban desiertos y silenciosos.

Tanner, el domador, estaba en aquel momento intentando persuadir a Leo de que metiera la cabeza entre las piernas y diera un salto mortal, hazaña propia para demostrar la agilidad de un león joven, pero impropia de los años y la dignidad de Leo.

Tanner se enfurecía en vano, y en su cólera llegó hasta a darle varios latigazos a Leo.

—¡Toma, toma y toma! ¡Por holgazán! —exclamaba el domador furioso.

El látigo volvió a levantarse, pero no llegó a caer sobre el león, porque de entre las sombras de la tienda destacóse un chico harapiento, que se adelantó hacia la jaula, agarrándose al brazo del domador:

—¡No le pegue usted más, por Dios!... ¡El pobre león hace lo que puede!...

—¡Cómo! ¿Qué tienes tú que ver aquí, pillote? —gruñó el domador; y sin dar tiempo al chico para contestar, bajó la mano y le asestó un latigazo en la cara.

El muchacho cayó rodando por el suelo, dando un grito de dolor que resonó en toda la tienda; al grito siguió ruido de pisadas, y al mismo tiempo un señor vestido de frac separó las cortinas que cerraban la puerta, y abarcó de una mirada toda la escena. Era el empresario del circo.

—¿Qué es esto, Tanner? ¿Otra vez maltratando a Leo?

—Estaba enseñándole un nuevo ejercicio, Mr. Huxley, cuando este atrevido chicuelo se metió en medio —respondió Tanner, girando en redondo.

—No, señor; es que estaba pegando al león...

El domador se volvió a él como un rayo y levantó el látigo otra vez, con intención de darle otro latigazo.

—¡Ten la lengua, muchacho! —gritó, enfurecido.

Una mano fuerte le asió por la muñeca. Tanner hizo un esfuerzo para libertarse; pero impelido por Mr. Huxley salió tambaleándose de la jaula.

Mr. Huxley le señaló la entrada de la tienda:

—¡Lárgate ahora mismo!

Los ojos del domador brillaron con cólera, pero en seguida se fijaron en un objeto que estaba tirado en el fondo de la jaula y que se le había caído al empresario durante la refriega. Al verlo, Tanner cambió de expresión y salió a grandes zancadas del circo.

Mr. Huxley se volvió al muchacho, que seguía sollozando:

—Vamos, hijo mío, sal de la jaula y dime qué hacías aquí a estas horas de la noche.

—Me llamo Fred Baines, señor, y soy huérfano. Me gusta mucho el circo; pero como no tenía dinero para venir, me metí por debajo de la lona; luego, como estaba lloviendo, me escondí en un rincón cuando salió la gente, para dormir aquí; pero vi al domador pegando al león con el látigo y... —La voz del muchacho vaciló.

—¡Pobrecillo! —exclamó Mr. Huxley—. Bueno; puedes quedarte aquí a pasar la noche.

El empresario salió de la tienda y Fred volvió a su rincón, con el corazón lleno de gratitud.

Fred demuestra su valor.

Pasaron las horas y todo quedó silencioso y tranquilo. Fred dormía en su rincón y Leo en la jaula.

De repente se abrió la puerta de la tienda y asomó por ella una cara hosca, que lanzó una mirada cautelosa a su alrededor, sin ver a Fred que quedaba oculto en la oscuridad.

—Supongo que el viejo habrá despedido al chicuelo aquel con viento fresco —dijo la voz áspera del domador—. A ver si puedo coger la cartera; de Leo no hay nada que temer, pues le he amedrentado mucho esta tarde para que se atreva a hacerme nada.

El domador atravesó la tienda silenciosamente hasta la jaula; recorrió los cerrojos y entró dentro de ella; pero por muy silenciosamente que lo hizo, Leo se irguió, dando un rugido, y miró al do-

mador con ojos vengativos. Indicóle éste con un movimiento de la mano que se volviera a su rincón, y recogió la cartera del suelo. El león pareció obedecerle en el primer momento; pero luego, en el momento que Tanner salía, se precipitó sobre la puerta, abriéndola violentamente y derribando al domador. Este se apresuró a levantarse, pálido de terror; Leo permanecía entre él y la puerta y la expresión de la fiera no daba lugar a duda: Leo quería vengarse.

Tanner miró alrededor suyo; no había ningún lugar donde refugiarse, porque la tienda estaba desnuda de muebles; únicamente le quedaba el recurso de subirse a uno de los trapecios que empleaban los acróbatas. Detúvose un momento, vacilante; luego, enloquecido por el miedo, corrió hasta el pie de una de las torres y trepó por la escalerilla. De un salto, Leo se puso junto a él. Con toda la rapidez que le prestaban las piernas, Tanner echó a correr escaleras arriba, pero el león le siguió con más agilidad que él. El domador dió gritos pidiendo auxilio, y un muchacho harapiento salió de un extremo de la tienda y corrió hasta el centro, fijando su atención en el domador y en la fiera. Rápidamente se hizo cargo de la situación. Tanner ya estaba en la plataforma de lo alto de la torre. No tenía nada al alcance de la mano, pues hasta la barra horizontal que empleaban los acróbatas, se la habían llevado a arreglar; pero sobre la plataforma del otro trapecio la barra pendía...

Fred, pálido y horrorizado, miró al león, que estaba ya a mitad de la escalera, y luego miró a la otra torre. Sí; había una pequeña probabilidad de salvar al domador de su peligrosa posición.

Agil como una ardilla, el muchacho trepó por la escalera que conducía a la otra plataforma; pero, mientras tanto, Leo ya estaba a una docena de pasos de su víctima.

Tanner, loco de terror, miraba a Fred, que estaba en el trapecio de enfrente.

—Espere usted, que voy a cogerle. Cuando yo esté cerca, agárrese a mis piernas y déjese columpiar.

Y de un salto ágil el muchacho se tiró hacia adelante y cogió por el aire la barra del trapecio; luego empezó a balancearse atrás y adelante, como el péndulo del reloj.

Entre tanto Leo avanzaba de nuevo; seis escalones le separaban del domador; cinco..., cuatro..., tres..., dos...

Al columpiarse Fred hacia él, Tanner se agarró a sus piernas y juntos se alejaron de la plataforma, a la cual acababa de llegar Leo, rugiendo de cólera.

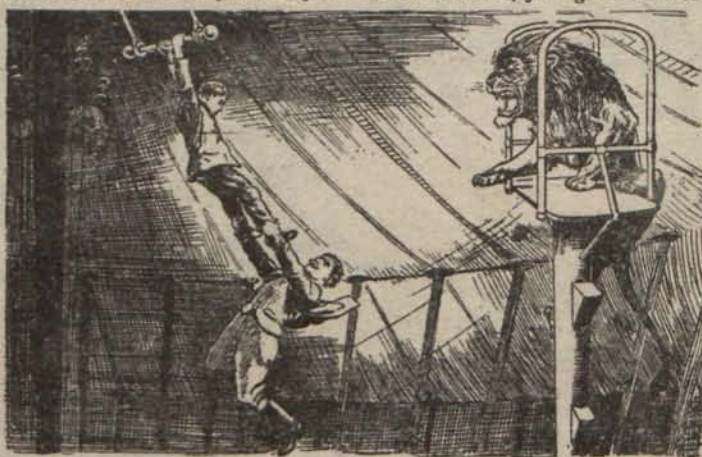
Afortunadamente, Tanner no pesaba demasiado; no obstante, Fred sentía como si los brazos se le arrancaran de los hombros; y todo lo que podía hacer con el peso del domador era seguir colgado, pues tratar de alcanzar otra vez la plataforma desde donde se había lanzado, sería inútil.

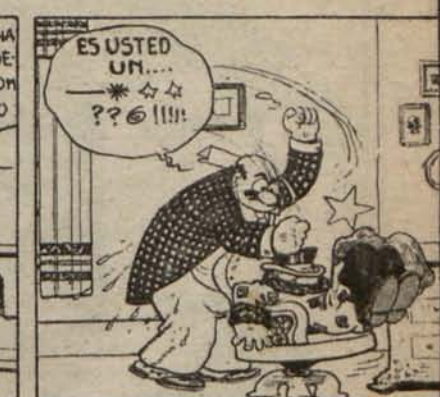
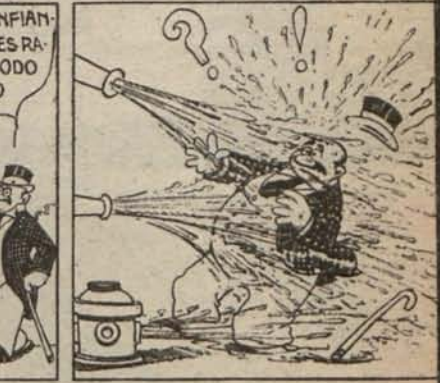
En esta situación pasaron unos minutos, que al chico le parecían siglos; luego, una voz debajo de ellos, gritó:

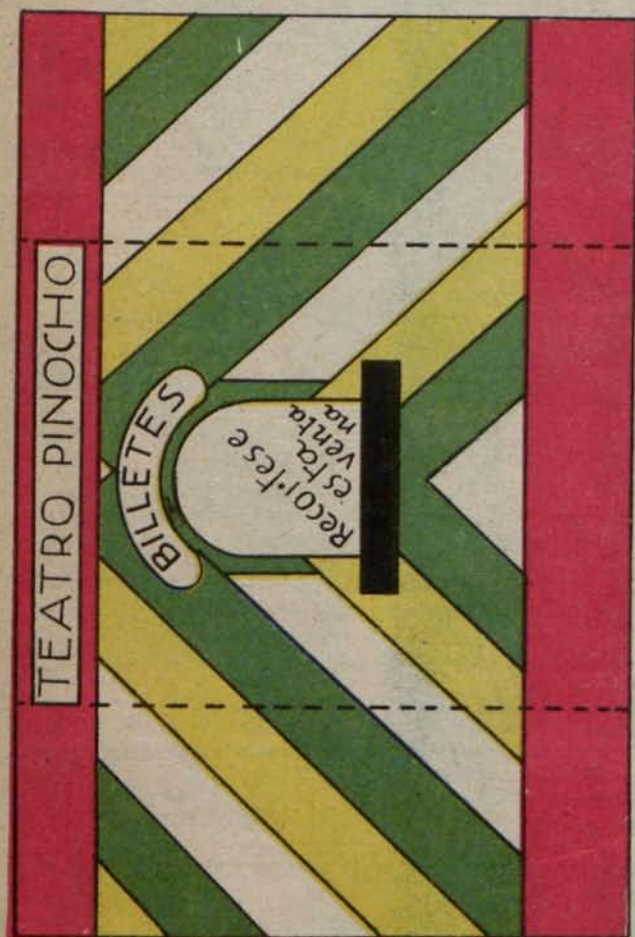
—¡Dejaos caer, que está aquí la red para ampararos!

Y fué muy oportunamente, porque Fred cayó sin conocimiento en la red.

Fred es hoy el domador de Leo, que es un león muy manso que hace que se llene el circo de niños noche tras noche; de niños que gozan lo indecible con sus divertidos números. Y Tanner, arrepentido de sus malas acciones, es el ayudante de Fred, Mister Huxley les protege y no tardarán en hacerse ricos.







- Taquilla del teatro -
coro de ondinas



Como esta obra, llamada Matarile, rile, rile, tiene más decorado que las anteriores, empezaremos dando una parte del acto primero, y varios personajes del acto primero y del segundo. Además os damos la taquilla o despacho de billetes, con Pirula de taquillera. Recortad la ventanita y doblad la taquilla por las líneas de trázos. Poned a Pirula dentro, y ya está.

El Teatro de Pinocho

LA CASA DE TURRÓN

CUENTO ESCENIFICADO EN TRES ACTOS

(Continuación.)

PINOCH. *(Aparte a Lolín).* Mentira. Te has comido dos.

LOLÍN. *(A Pinocho).* Sí, pero no lo voy a decir...

LA VIEJA. Pues entrad, entrad en mi casa.

LOLÍN. ¡Si no molestamos!...

PINOCH. *(A Lolín).* No pases, Lolín. Esto no me da buena espina.

LOLÍN. *(A Pinocho).* ¡Qué miedo eres! ¿Qué nos va a pasar?

PINOCH. Temo que nada bueno.

LOLÍN. Si fuera por ti me quedaría siempre sin comer.

PINOCH. No entres... no entres.

LOLÍN. Yo entro, y entro, y entro... Tú, si quieres y tienes miedo, te quedas.

PINOCH. ¡Cómo te voy yo a abandonar con esa vieja, para que luego ella!...

LA VIEJA. ¿Qué te está diciendo ese muñeco?

PINOCH. Le digo que es muy tarde, y usted tendrá que dormir.

LA VIEJA. Los viejos, dormimos muy poco.

LOLÍN. Eso mismo he dicho yo. Pero es que Pinocho es muy cumplido...

LA VIEJA. Voy a abrir la puerta. *(Entra en la casa.)*

PINOCH. ¡En qué líos me metes! ¡No sé cómo vamos a salir de esto!

LOLÍN. ¡Qué manía le has tomado a la vieja, con lo simpática y lo cariñosa y lo buena cocinera que es!...

PINOCH. ¡Malo será que nos guise a nosotros!

LOLÍN. ¡Si tú eres de palo!

PINOCH. ¡Le puedo servir para encender la lumbre!
A aparece la vieja en la puerta.

LA VIEJA. ¡Pasen mis simpáticos huéspedes!

LOLÍN. ¡Muchas gracias, noble señora! Entra, Pinocho. No tengas miedo. ¡Mira que casa tan monal!...

PINOCH. No, si yo ya sé entrar, y no me da miedo. Lo difícil va a ser salir, ya lo verás.

TELÓN

□ □

ACTO TERCERO

La escena representa el interior de la casa de turrón. Por dentro no es esta casa tan bonita como por su aspecto exterior pudiera deducirse. Ahora vemos bien claro que se trata de la casa de una bruja. Pero ya es tarde. A la izquierda de la habitación (una habitación abovedada, con un horno, y llena de cacharros de química y de animales disecados) hay una jaula. Dentro de la jaula, la pobre Lolín sufre un penoso encierro. Pinocho, con un mandil de criado sobre su traje habitual, habla con Lolín al empezar la acción.

PINOCH. No llores, Lolín... No te pongas así...

LOLÍN. No, si querrás que me esté riendo a carcajadas... Llevo ocho días encerrada en esta jaula sin salir...

PINOCH. No te puedes quejar. La vieja te alimenta muy bien.

LOLÍN. ¡Sabe Dios lo que querrá hacer conmigo! Y gracias a que a ti se te ocurrió que cada vez que me pide la mano para ver si engordo le dé esta pata de pollo...

PINOCH. ¡Claro! Así, como está corta de vista, pues se cree que estás delgadísima, y vamos tirando...

LOLÍN. ¿Tú qué crees que querrá hacer conmigo?

PINOCH. ¡Vaya usted a saber! Cualquier ungüento o cualquier esencia... Esta bruja debe andar en malos pasos. La habitación de ahí al lado está llena de cacharros, llena, llena, llena..., ¡hasta el techo!...

LOLÍN. ¡Ay, qué miedo, Pinocho! ¡Yo no quiero que hagan ningún ungüento conmigo!...

PINOCH. ¡Ya me lo figuro! Pero no temas por ahora. Mientras dure el engaño de la pata de pollo, iremos tirando. Es un truco que nunca ha fallado en los cuentos de brujas...

LOLÍN. Sí; pero, ¿y después? ¿Y cuando se dé cuenta de que estoy bastante llanita?

PINOCH. Para entonces tendré inventada alguna solución. Sobre todo, no tengas miedo..., ¿eh?

LOLÍN. Lo que no me explico es cómo a ti no te ha metido también en una jaula.

PINOCH. ¡Ventajas de ser de maderal! En cuanto me vió se dió cuenta de que de mí no podía sacar más que resina, y se resinó, digo, se resignó, y me dijo: «Bueno, la niña a la jaula, y tú me servirás de criado». Me dió este mandil, y me hace que barra la casa, limpie los muebles y le atfe el fuego del horno.

LOLÍN. ¿Tienes mucho trabajo?

PINOCH. No paro en todo el día. Siempre esta: «Rodrigo, haz esto», «Rodrigo, haz lo otro»...

LOLÍN. ¿Por qué te llama Rodrigo?

PINOCH. Le he dicho que me llamo así, para guardar el incógnito. Lo que ya me choca es que me deje tanto rato en paz.

LOLÍN. Estará durmiendo la siesta.

PINOCH. Me ha dicho: «Limpia bien el cuarto del horno. Espero esta tarde una visita».

LOLÍN. ¿Quién vendrá?

PINOCH. Yo no lo sé.

LOLÍN. A mí lo que me hace estar un poco más tranquila, a veces, es pensar que si se dedicara a atormentar a los niños habría más niños aquí.

PINOCH. Eso es lo que trato de averiguar.

LA VIEJA. *(Dentro.)* ¡Rodrigo! ¡Rodrigo!...

PINOCH. ¡Ya me chocaba a mí! *(Contestando.)* ¡Señoral! ¡Señoral!...

LA VIEJA. ¿No oyes que llaman? Sube a abrir...

PINOCH. ¡Voy! *(A Lolín.)* ¡Esa es otra!... Cada vez que hay que salir a la puerta de la calle tengo que subir más de cien escalones.

LOLÍN. ¡Quién nos iba a decir que debajo de aquella casa tan bonita había este sótano tan horroroso!

PINOCH. ¡Ah, Lolín, tú fuiste quien se empeñó en entrar!

LOLÍN. ¡Quién lo iba a pensar! ¡Bastante arrepentida estoy!...

LA VIEJA. ¡Pero, Rodrigo, condenado!, ¿qué haces que no vas a abrir?

PINOCH. ¡Voy, señora! *(Se marcha diciendo):* ¡Bien podía poner un ascensor!

LOLÍN. Ahí viene la vieja. Sacaré la patita de pollo...

(Entra la vieja. Parece mucho más horrible que en el acto anterior. Es muy jorobada y lleva unas gafas negras. Viste muy desastrosa.)

LA VIEJA. Debe ser la visita que espero... Voy a ver antes si esta niña ha engordado algo...; me tiene preocupada. *(A Lolín.)* A ver, hijita mía, ¿quieres asomar la mano?

LOLÍN. *(Con voz desfallecida.)* Sí...; sí, señora...

LA VIEJA. A ver, vamos a ver... Me tienes muy triste...; no engordas nada...

LOLÍN. *(Aparte.)* ¿Dónde he puesto yo la pata de pollo?

LA VIEJA. ¿Qué haces? ¿Por qué no me das la mano?

LOLÍN. Porque no la encuentro... Digo, no... Es que... *(Aparte.)* ¡Ah! aquí está. *(A la vieja.)* Es que como estoy tan débil..., ¿sabe usted? Ahí van esos cinco...

LA VIEJA. ¡Huy, qué horror! ¡Si parece que estás todavía más delgada que ayer!

LOLÍN. No puede ser...

LA VIEJA. Pues... parece..., parece.

LOLÍN. ¡Pues será que ha enflaquecido la pata de pollo...!

LA VIEJA. ¿Qué dices?

LOLÍN. No haga usted caso, señora... Es que desvario... ¡Claro! La debilidad...

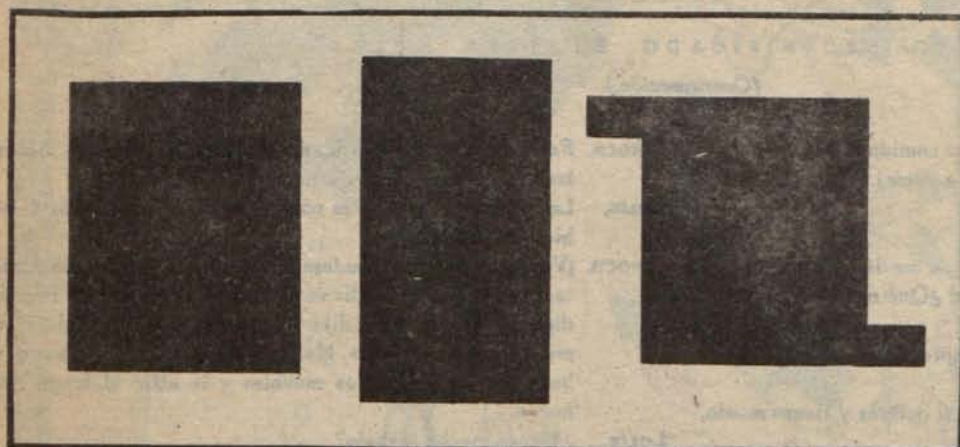
LA VIEJA. No comprendo cómo puedes estar débil, ni cómo puedes adelgazar, porque, hija, comes de una manera atroz. Deberías pesar ya lo menos cincuenta kilos... ¿Dónde echas lo que comes?

LOLÍN. No sé, señora...

(Continuará en el número próximo.)

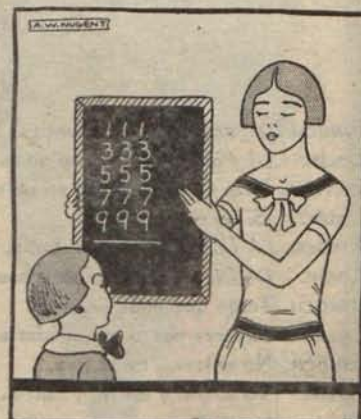
CONCURSOS DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS

RECORTE DIFÍCIL



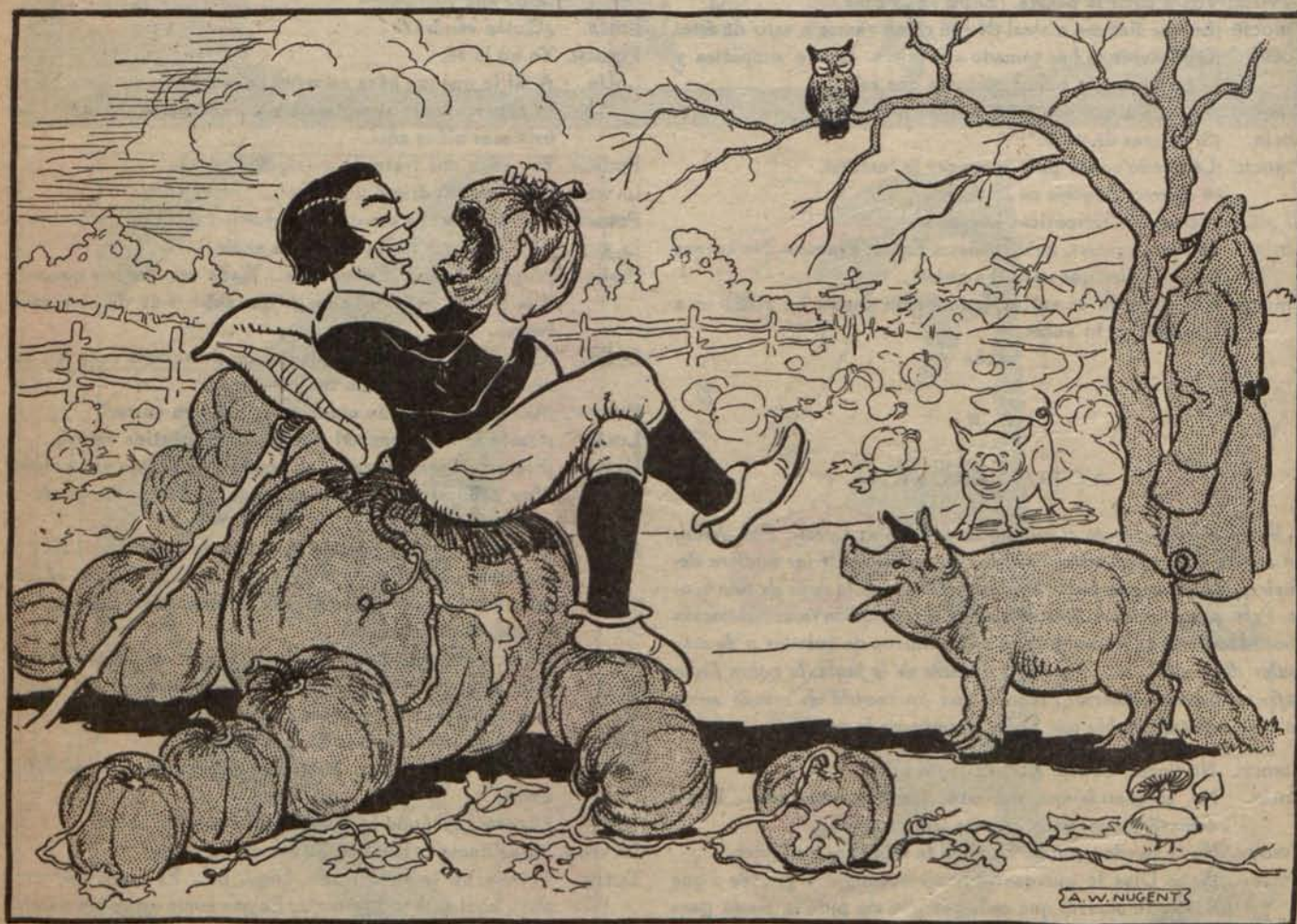
Si dais en el *quid*, el rompecabezas no puede ser más sencillo... pero lo difícil es dar en él. Consiste el problema en cortar el rectángulo del centro en dos pedazos, de modo que se puedan formar con ellos, una vez la figura de la izquierda y con los mismos trozos, la figura de la derecha.

SUMA FANTÁSTICA



En esta suma se trata de suprimir varios números, de forma que con los que queden, sin variar el orden en que están colocados, obtengamos como resultado 1.111.

PERICO, COMEDOR DE CALABAZAS



Perico era un niño que a la mala condición de ser muy desaplicado unía la de ser muy desobediente. Su abuelita le tenía prohibido ir al huerto, pues siempre que iba hacía destrozos en las hortalizas.

La mañana en que le vemos se puso a comer calabazas en su huerto, como si no tuviera bastante con las que le daban en el Instituto. Su abuelita y el gato se hallaban ocultos en el paisaje, prontos a salir, para dar a Perico el castigo merecido por su desobediencia.

¿Dónde están la abuelita y el gato?

SOLUCIONES DE LOS PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE FEBRERO

CUPÓN
ENVÍO DEL PINOCHISTA

D.
pueblo
calle
..... núm.

LISTA DE PREMIOS PARA ESTOS CONCURSOS

- 1.º Un lote de libros por valor de 25 pesetas.
- 2.º Un lote de libros por valor de 20 pesetas.
- 3.º Un lote de libros por valor de 15 pesetas.
- 4.º Un lote de libros por valor de 10 pesetas.
- 5.º Un lote de libros por valor de 5 pesetas.

CONCURSOS PERMANENTES

DIBUJOS :-- HISTORIETAS :-- CHISTES ILUSTRADOS :-- CHISTES SIN ILUSTRAR :-- CUENTOS ILUSTRADOS O SIN ILUSTRAR

HISTORIETAS



Currinche y Don Turulato hacen un campeonato.



Disputándose, así mismo, un gran «match» de pugilismo.



A una izquierda [de Currinche] Turulato da un be-rrinche.



Y en un percance [sufrido] Currinche lanza un [berrido].



Ganando este [campeonato] el célebre Turulato.



De la derrota sufre [de] se acuerda toda la vi-[da].

ANTONIO HERNÁNDEZ.—Trece años.



Don Turulato no sa-bía leer



y cogía el periódico del revés,



Va don Carlos, a las ocho, a comprar PINOCHO.



Como va tan ocupado, pide el perro prestado.



Don Carlos va muy ufano con el PINOCHO en la mano.



pasando horas y horas viendo el periódico.



Y un día, viendo un dibujo al revés, creyó que había volcado un carro.

ANDRÉS BERRISTA.—Madrid.



Y empieza a caer el agua y el perro no suelta el paraguas.



Y como el perro no suelta el [paraguas], tiene que ir debajo del agua.



Cuando cesa de llover, el traje se empieza a encoger.

J. GAFORTE.—Once años. Costa Rica.



El pintor Tiburcio Pinceles quiere escapar del sastre.



Y se le ocurre una idea que pone en práctica.



—A la orden, mi general. —Señor oficial, acompáñeme usted por el cuartel.



—Llame usted a aquel soldado.



—Yo mato los toros de una estocá. —Eres el amo, Celerito.



Con unas pilas eléctricas forma un terrible aparato.



Al llegar el sastre lleva un susto muyúsculo, y no vuelve más por la casa.

JUAN CURAS ALFARO. Quince años. Las Palmas.



—¿De qué compañía es usted? —De la tercera, mi general.



—¿Qué tiene usted ahí? —Una mancha. —¿Y no le da vergüenza? —No, mi general; le doy bencina.



—Toros a diez. —¡Socorro! —¡Bravo! ¡Bravo!

LOLITA GÓMEZ.—Trece años.



Matraca da una patada al Pibe.



Al volver una esquina, se le vuela el sombrero.



El Pibe lo coge y se pone a pedir limosna.



¡Ay, qué PINOCHO más bonito! ¡Qué desgracia! ¡Se han llevado mi PINOCHO!

M. S. CANTILLO.—Once años. Sevilla.



Matraca que lo ve, le quita el sombrero.



Y al irse a poner, le cae el dinero en la cabeza.



Riñen, viene un guardia y se los lleva a la cárcel.

JULIÁN MARTÍN.—Buenos Aires.

Para encuadernar los números de PINOCHO estamos preparando preciosas tapas para que los Pinochistas puedan conservar encuadernada la colección de PINOCHO. Pronto daremos más detalles.

Regalos a los suscritores.

Todo Pinochista que se suscriba tiene derecho a pedir, al hacer su suscripción (tiene que ser en ese momento), los regalos siguientes:

Si la suscripción es por un año

- 1.º Dos tomos **gratis** de la magnífica serie PINOCHO CONTRA CHAPETE.
- 2.º Un lote de **cincuenta números** para el sorteo de cinco mil pesetas.
- 3.º Un Cupón-regalo. Reuniendo tres o más de estos cupones especiales se pueden obtener preciosos regalos.
- 4.º Tres vales, valederos por un año, para hacer tres pedidos de libros a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., sin limitación de cantidad y **con una rebaja del 30 por 100.**

Si la suscripción es por un semestre

- 1.º Un tomo, gratis, de la serie PINOCHO CONTRA CHAPETE.
- 2.º Tres vales, valederos por seis meses, para hacer tres pedidos de libros a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., sin limitación de cantidad y **con una rebaja del 25 por 100.**

Estos regalos pueden recogerse, **completamente gratis**, en la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28, Madrid. Quien desee recibirlos en su casa debe enviar 1,50 pesetas para gastos de embalaje, envío y franqueo certificado.

Además, todos los suscritores, tanto de año como de semestre, tienen otras muchas ventajas constantes, tales como facilidades para la colaboración infantil, números para los sorteos de regalos y otros interesantes privilegios.

Nuevos regalos a los suscritores de Pinocho.

Desde este mes de Febrero sortearemos CADA MES, entre nuestros suscritores, los cinco premios siguientes:

Primero.	25	pesetas en efectivo.
Segundo.	15	— en libros de CUENTOS DE CALLEJA.
Tercero.	10	— — — —
Cuarto.	5	— — — —
Quinto.	3	— — — —

Los nombres de los suscritores favorecidos con los premios de Febrero se publicarán en el número próximo.

Para retirar los premios será necesario escribir al Director de PINOCHO (Apartado 447-Madrid), indicando el número del recibo de suscripción, la dirección completa del Pinochista premiado e incluir un retrato del mismo, que se publicará en uno de los números subsiguientes de PINOCHO. El retrato debe ser suficientemente grande y claro para que se pueda reproducir bien. No se admiten, por tanto, retratos borrosos ni demasiado pequeños. Tampoco se admiten retratos en los que el Pinochista premiado esté con otras personas.

CORRESPONDENCIA

Ruth M. Bustelos. (Buenos Aires).—Querida Ruth: Acabo de recibir tus admirables dibujos —el hombre de los ojos rectangulares y la cartera de tu prima—. No creo que tendré que decir aquí cuánto me han gustado tus trabajos. Los publicaré con mucho gusto.

Si ves por ahí a los aviadores españoles, dales recuerdos de mi parte. Recibe el cariño de Paco Morronguís, de Pirula, Currinche, Cañamón, etc., etc.

Fernandito Sepúlveda Lozano.—Tus Nuevas Nanas me encantan. Son de una perfección admirable. Versos como los tuyos te acreditan, Fernandito, te honran. ¡Qué belleza! ¡Qué delicadeza! ¡Qué delicia! «Duérmete, niño chiquito, y deja ya ese berrinche.—Mira que si no te callas, voy a llamar a Currinche.» Verdaderamente seductor. Muerto don Luis de Góngora, sólo tú has sabido imitarle, alcanzarle, superarle. ¿Que si se publicarán tus Nanas? ¡Y a la mayor brevedad posible, Fernandito!

José Serrano Cubillo. (Villanueva-minas).—Tus historietas entran aquí con una regularidad cronométrica. ¿Crees que te olvido? ¡Pero si ello, aunque quisiera, es imposible! Haces continuamente acto de presencia con tus formidables soluciones, y no hay manera de olvidarte. Yo estoy seguro de que conseguirás alguna vez un premio, un buen premio. Y en verdad que te lo mereces. En cuanto a tus dibujos, aparecerán a la mayor brevedad, conforme les llegue su turno. El día que comiencen a salir tus cosas, no vamos a parar de dar, en números continuados, tu colaboración.

Mi felicitación por tus trabajos, y varios abrazos de Polipáu, Caramillo y su pandilla, y de Paco Morronguís.

Bartolomé Garrido. (Málaga).—¡Tinta! ¡Tinta negra!

Pedro Vázquez. (Cádiz).—¡Tinta negra!

Antonio Benito. (Madrid). Los problemas los hacemos ahora Paco Morronguís, Pirula y yo.

LOS REGALOS DE FEBRERO PARA LOS SUSCRITORES

Sorteados los premios de este mes entre los suscritores de PINOCHO, les han correspondido a los siguientes:

PRIMER PREMIO. 25 PESETAS EN METALICO.
GONZALO AMAIZ.—Madrid.

SEGUNDO PREMIO. 15 PESETAS EN LIBROS.
LUIS MARTÍNEZ.—Béveda (Alava).

Tercer premio. 10 pesetas en libros.
JOAQUÍN LEÓN DEL PINO.—Málaga.

Cuarto premio. 5 pesetas en libros.
ANIBAL GONZÁLEZ.—Sevilla.

Quinto premio. 3 pesetas en libros.
MANUEL GUERRERO.—Madrid.

Para retirar los premios puede hacerse una de estas dos cosas: 1.ª Presentarse en la Administración de PINOCHO (calle de Valencia, 28, Madrid) con el recibo de suscripción. 2.ª Escribir al Director de PINOCHO indicando el número del recibo de suscripción (no hace falta enviar el recibo) y dónde se ha de enviar el premio, y si son libros, cuáles son los que desea el Pinochista suscriptor favorecido; los puede elegir a su gusto entre todos los publicados por la Editorial Saturnino Calleja, dentro, naturalmente, del importe del premio correspondiente. Y los recibirá en su casa, gratis, y sin gasto ninguno.

Acordados de que para retirar los premios es indispensable que presentéis (o enviéis en vuestra carta) un retrato vuestro, que se publicará en PINOCHO.

CUPÓN DE CONCURSOS

DEL NUM. 54

El Pinochista D.

de años, y cuyas señas

son remite

un trabajo para el Concurso de (1). Fe-

cha (Si es suscriptor, poner el núm.)

(1) Indicar el que sea. Leer bien las condiciones; si falta alguna, no vale el envío. Poned en el sobre: EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A.—Concursos PINOCHO. Apartado 447.—Madrid.

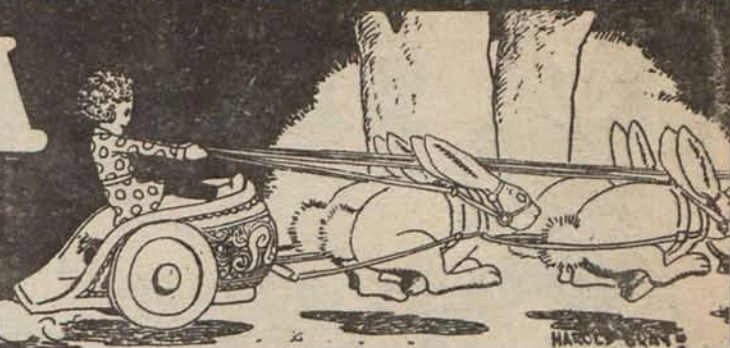
Queridos Pinochistas: Os ruego nos perdonéis unas erratas que se han deslizado en el núm. 53 de este vuestro PINOCHO y que más abajo aclaro. La culpa, como siempre, es de Chapete, que, envidioso de que el periódico salga bien, ha hecho todo lo posible porque el impresor se equivoque y lo ha conseguido. En castigo está atado a la pata de una mesa, y Morronguís está de guardia. Las erratas son estas:

En el anuncio de los «Nuevos regalos a los suscritores de PINOCHO», os digo que en el número próximo se publicarán los nombres de los suscritores premiados en el sorteo de febrero, y en el mismo número os doy los nombres. Además, uno de estos está equivocado, pues dice AMAIZ y debe decir ARNAIZ.

También en el anuncio de «Nuevo gran sorteo de regalos» hay otra errata, pues en el ejemplo donde dice que si una suscripción termina en junio de 1926 y el Pinochista la renueva en marzo de 1926, se seguirá sirviendo hasta junio de 1927, debe decir-se seguirá sirviendo hasta junio de 1926. Vuelvo a repetirlos que perdonéis, y recibid todos un abrazo de vuestro

ANITA

BUEN-CORAZON





Sección Pirula

PIRULA, BORDADORA

Motivo a punto de Richelieu.-- Ya estamos familiarizadas con el

punto de Richelieu; ya lo tenemos dominado; nos sale con una regularidad perfecta, convenientemente apretadas las puntadas y, al recortar la tela, terminada la labor, lo hacemos con tal esmero y minucia que no nos ha vuelto a suceder el incidente de aquel día nefando en que advertimos con horror que habíamos dado seis cortes en el bordado, tres de los cuales habían hecho saltar otras tantas *presillas*.

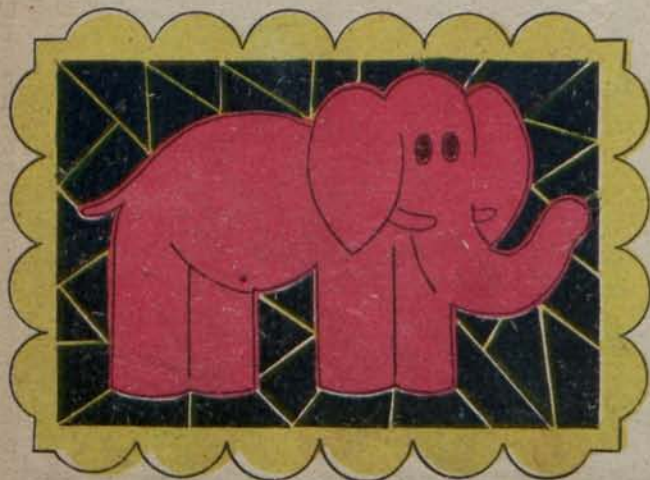
Tenemos, pues, toda la preparación necesaria para que este elefante nos salga *colosal* (A pesar del vocablo que se me acaba de escapar, no me tengáis, os la suplico, por una muñeca *bien*; prefiero ser una muñeca *buena*).

Los colores de este motivo pueden variarse hasta el infinito: rojo o rosa de China, el elefante; amarillo, el volante y las presillas; negros, los festones y el viso; tal aparece en el dibujo; también estaría muy bonito con la tela azul fuerte, los bordados en blanco y el viso azul marino, o en verde rabioso y violeta; todos los colores fuertes —entonándolos unos con otros— van bien sobre el fondo negro; y, viceversa, puede hacerse el elefante y el volante en oscuro —azul marino, marrón o negro— y los bordados en color fuerte, entonados con el viso, que será también en un color vivo.

De este modo resultará precioso y original para un almohadón o una pantalla; pero, como todas las labores a punto de Richelieu, lo más corriente es bordarlo con algodón blanco, en lienzo de hilo blanco, para stores, visillos, pañitos, que se colocan en el respaldo de las butacas, caminos de mesa, etc., etc.

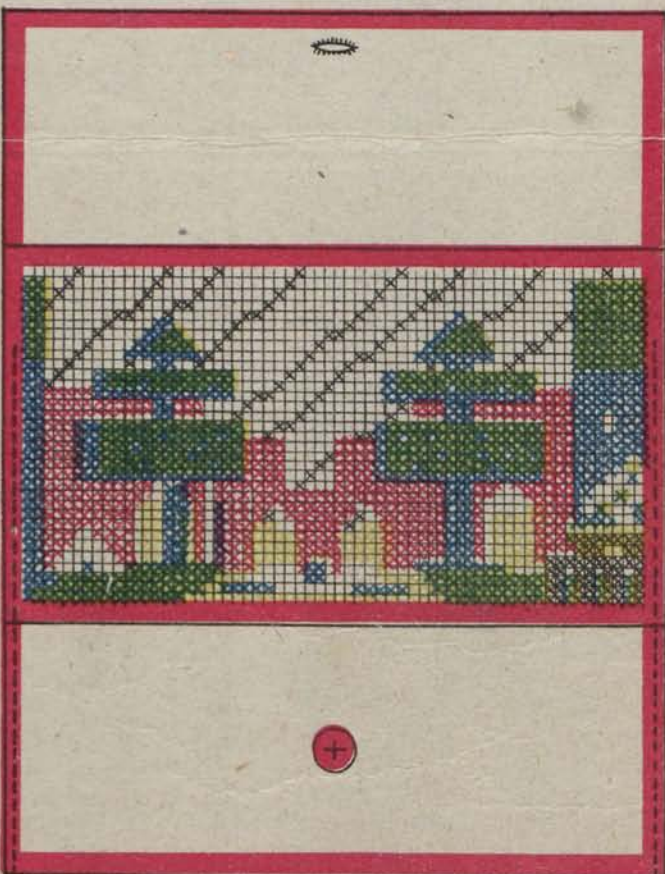
□ □ □

Sobre para la servilleta.—¡Cuánta razón tiene Chaguito, el mofletudo *baby*, angel y diablillo de la casa,



para estar emfurrñado! (Sea dicho esto con permiso de las personas mayores, que opinan que un caballero de tres años y medio no debe estar nunca de mal humor).

Pues sí, señores, tiene para ello un motivo muy serio: su hermana Piluca, la de los bucles de oro, ha



bordado, copiando de esta misma Sección, una serie de sobres para la servilleta y se los ha regalado a toda la familia... ¡menos a él!

Alega para ello dos razones: la primera es que Chaguito no usa servilleta, sino babero. La segunda es que su amiga Pirula no ha dibujado ya más modelos de sobres y que, por lo tanto, tendría que repetir uno de los que ya bordó, cosa inoportuna, pues aun variando los colores, cabría el peligro de que Paca, la doncella, distraída y desmemoriada si las hay, confundiese uno y otro sobre al poner la mesa.

No tiene razón Piluca: primero, el babero de Chaguito es tan digno de estimación, de respeto y... de tener un sobre, como cualquier servilleta.

Y, segundo, aquí está Pirula siempre dispuesta a dibujar cuanto le pidan sus lectorcitas adoradas.

No te aflijas ya, Santiaguito; tan pronto como vea tu hermana este sobre bordado a punto de cruz en rojo, amarillo, verde, azul y negro, y que representa no sé qué ciudad o paisaje fantástico, lo reproducirá y tendrá ya sobre tu babero de *baby* mofletudo, angel y diablillo de la casa.

¡Pues no faltaba más!